



Las noticias se comentaban.

llamaban ellos, en su pintoresco lenguaje, á la naciente revolución.

—No, esto no pasará de aquellos rumbos, —decían á veces.—El gobierno es fuerte y sofocará el movimiento en su principio. . . .

Pero un día vino en que el Sur se conmovió. Los Estados de Morelos y Guerrero, empezaron á ser azotados por las partidas de guerrilleros, y el movimiento rebelde, que al principio había causado risa á los contertulios de don Mateo, empezó á preocuparlos seriamente y á tener en constante alarma á los vecinos del pueblo.

El incendio revolucionario se extendió, por fin, por todos los ámbitos de las regiones surianas, y hoy una, y mañana otra, empezaron las poblaciones á sufrir el azote de asesinatos y saqueos.

Los nombres de los cabecillas rebeldes diéronse á volar de boca en boca precedidos de pavorosa fama; pero de entre ellos des-

tacose desde luego uno, el de «El Tigre del Sur», terrible jefe revolucionario á quien el pueblo bautizó con este fatídico apodo, debido á su carácter sanguinario y á sus criminales hechos. Todos los vecinos de los poblados lo conocieron en poco tiempo, porque no hubo uno sólo que se salvara de ser obligado á hacer un préstamo forzoso ó á entregar á la gente del «Tigre», caballos, armas y municiones; de allí que por todas partes sentíase un hondo pavor al saber la proximidad de las huestes mandadas por el rebelde suriano.

Don Mateo, como todos los demás propietarios de comercio, fué víctima de serios despojos por parte del «Tigre» y de sus hombres; pero el andaluz, comprendiendo que era preferible hacer de buen grado lo que al fin y á la postre habría de hacerse á la fuerza, nunca se negó á préstamos, ni obsequios; así es que dinero efectivo, caba-